

Sabemos cuánto entusiasmo pone Fernando Gomarín en mantener vivo el folklore de nuestra provincia, siguiendo los pasos de los rabeles o de los cantares populares. Hay que destacar su labor y animarle a que continúe realizándola, para evitar que se pierdan esos verdaderos tesoros del saber popular que debieran enseñarnos a ser más sinceros. ■ ARTURO DEL VILLAR.

Aprendiendo de Portugal

"Una casa portuguesa es con certeza una casa portuguesa" fue un estribillo que, con aquel otro de "Lisboa antigua y señorial..., morada..., etcétera", formó parte de nuestro conocimiento del rico y magnífico folklore portugués, a cuya canción no le falta una buena parte de contenido social. Quizá, en el origen y la razón oculta que se escondía en la letra de lo que fue para nosotros un legado musical estuviera una inquietud por lo que en realidad era un problema social: el de la vivienda y un efecto de

un contradictorio urbanismo que se manifestaba en Portugal de modo virulento como una imposición de las clases dominantes, que no podía ser camuflado por toda la mitomanía, tan característica del fascismo portugués como del español, que Dios los tenga en su gloria.

La realidad es que cuando se llegó a ese 25 de abril, que fue anunciado por nuestra sin par Radio Nacional como "en Lisboa no pasa nada" y por un prominente órgano periodístico de la derecha española como "la continuidad del continuismo", en Portugal sólo el 15 por 100 de la población podía disponer de una casa sin problemas; el 60 por ciento de la población necesitaba realizar grandes sacrificios para solventar el rubro dedicado a la vivienda. El resto, o sea, el 25 por 100, o lo que es lo mismo, medio millón de familias, que suponían dos millones de personas, vivían en barracas, tugurios o viviendas improvisadas. En 1974, 531.000 demandas de alojamiento quedaron incumplidas.

Toda esta problemática se manifestó como explosiva en el momento en que la veterana dic-

tadura se desmoronó como un castillo de naipes. Así comenzaron las ocupaciones de edificios, lo que no se hizo sin que generara tensiones y también desencadenara un proceso social más amplio. De esta manera comienza a surgir las Comisoes de Moradores —el equivalente de nuestras Asociaciones de Vecinos, pero con más vida y garra— y los Cuadernos Reivindicativos, que recogían las necesidades y las aspiraciones en orden a la vivienda, al barrio o las dotaciones de los servicios comunales.

Por su parte, las instituciones gubernamentales también se hicieron eco, asimilando de modo unas veces ambiguo, otras con deseos de cambio y otras con el más puro desconcierto, la actividad reivindicativa del movimiento ciudadano.

En esta coyuntura aparecen los SAAL, o Servicio de Apoyo Descentralizado Local, que era un cuerpo técnico especializado con la misión de apoyar, a través de los municipios, las iniciativas de las poblaciones mal alojadas, colaborando con ellas en la transformación de los barrios.

La experiencia de los SAAL, y

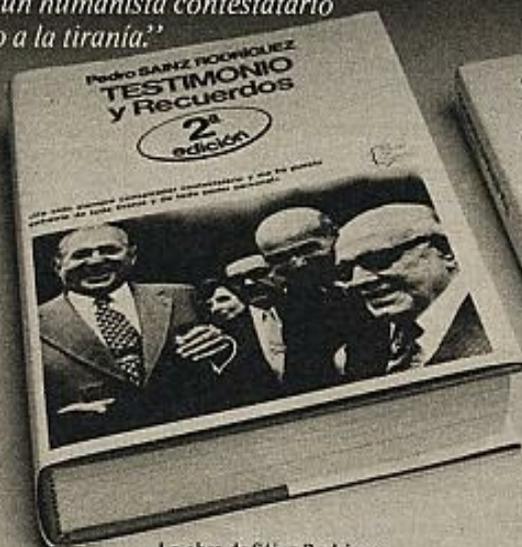
con ellos la de las Comisoes de Moradores, junto con la Reforma Agraria, son dos de las más importantes expresiones y aportaciones de esa revolución de aspiraciones que afloró el 25 de abril. La primera de estas experiencias goza, además, de la cualidad de su mayor originalidad y sobre todo de desconocimiento. Sus incidencias son francamente importantes y merecen ser conocidas dentro de ese gran laboratorio que fue el Portugal de, al menos, los dos primeros años de democracia y de generalizado deseo de revolución social.

El testimonio de esta experiencia ha sido recogido en un trabajo por dos de los participantes que trabajaron en los equipos SAAL, uno de los cuales se da la circunstancia de que es extranjero —concretamente italiano—, que, como muchos otros europeos, sintió la atracción del proceso de cambio lusitano y marchó a Portugal para colaborar en él (1).

(1) Paula de Oliveira y Francisco Marconi: "Política y proyecto. Una experiencia de base en Portugal". Gustavo Gili. Barcelona, 1978. 176 páginas, 46 figuras y planos.

DOS LIBROS QUE RELATAN LA HISTORIA AUTENTICA

"De un humanista contestatario enfrentado a la tiranía."



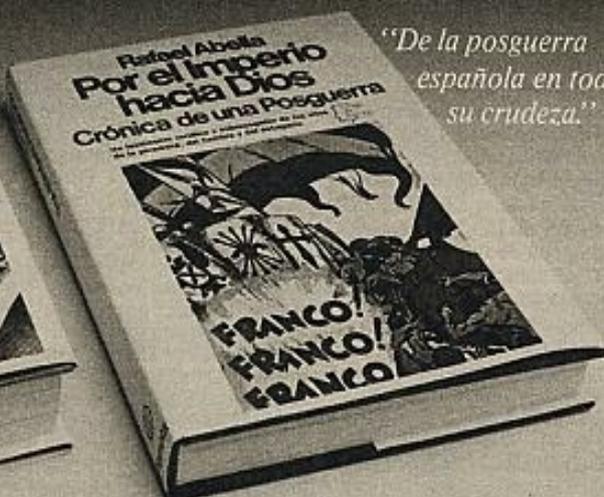
La obra de Sainz Rodríguez es apasionante y reveladora.

LUIS PERMANYER/LA VANGUARDIA

Una colección de asombrosas anécdotas de la España de la posguerra.

CAMBIO 16

"De la posguerra española en toda su crudeza."



Rafael Abella ha dado a la prensa este libro que merecen el calificativo de sensacional.

EL INFORME ABELLA
LUIS ROMERO/LA VANGUARDIA

Este es el libro: arrebatador, imprescindible.

RICARDO DE LA CIERVA/ABC

La obra puede valorarse de un modo pedagógico para los españoles, aun cuando los puntos de partida en las experiencias de cada uno de los dos países de la Península Ibérica sean diferentes. Los casos del despegue de la dictadura y ascenso hacia la democracia no son comparables en España y Portugal, por cuanto que las situaciones políticas y sociales son diferentes, e incluso la problemática de la vivienda tiene distinta dimensión cuantitativa y cualitativa. Las Asociaciones de Vecinos de nuestros dos países parten de presupuestos bien diversos, y, a mi parecer, positivamente cualificada la portuguesa, que ha sido producto de un auténtico movimiento social, en tanto que las españolas se han visto frecuentemente reducidas a correas de transmisión de los partidos, cuando no olvidadas o marginadas, aunque también se pueden encontrar experiencias muy similares en España, como algunos casos en Barcelona, y en Madrid en Orcasitas, la Vaguada y algunas otras, tristemente pocas, excepciones. En cualquier caso, el conocimiento de lo que pasó en Portugal y cómo se hicieron las cosas, e incluso por qué fracasaron, es enormemente válido para nosotros. El experimento de colaboración vecinos-Administración es un ejemplo de creatividad democrática y de lucha social viva por transformar una pequeña, pero importante, parcela de la realidad que es la vivienda y el barrio. Lo hecho o intentado en Portugal a este respecto puede inscribirse como auténtica pugna por la transformación de la sociedad hacia una orientación socialista. En Portugal, entre otras cosas más importantes, los SAAL fueron una magnífica escuela de continuo aprendizaje para los técnicos.

No obstante, el libro tiene aspectos objetables, mejor diría discutibles, como son algunas moralejas que extraen los autores y que resultan un tanto excesivas. Lo mismo puede decirse de ciertas divagaciones teóricas de autopretendida ortodoxia marxista que no viene al caso.

También se echa en falta un prólogo dirigido a los españoles, para que pudieran comprender y valorar una experiencia que no se ha concluido en Portugal, donde, a pesar de todos los pesares y de lo mucho y justo que propios y ajenos puedan lamentarse, no todo han sido falsas conquistas ni falsas esperanzas. No olvidemos que existe el límite de lo posible, que siempre se impone sobre lo deseado. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

La otra cara de Hollywood

Mil novecientos treinta y ocho. En Estados Unidos, las secuelas de la depresión se dejan sentir todavía. Sigue la guerra en España y en Europa el fascismo proclama a los cuatro vientos sus pasiones bélicas, sus afanes de conquista. En Hollywood, el "star system" funciona a todo trapo y la fábrica de ilusiones con su corrupción e indignidades, sus mentiras y degradaciones, su atajo de fulgores de pacotilla para intoxicación de masas indefensas, funciona a todo trapo.

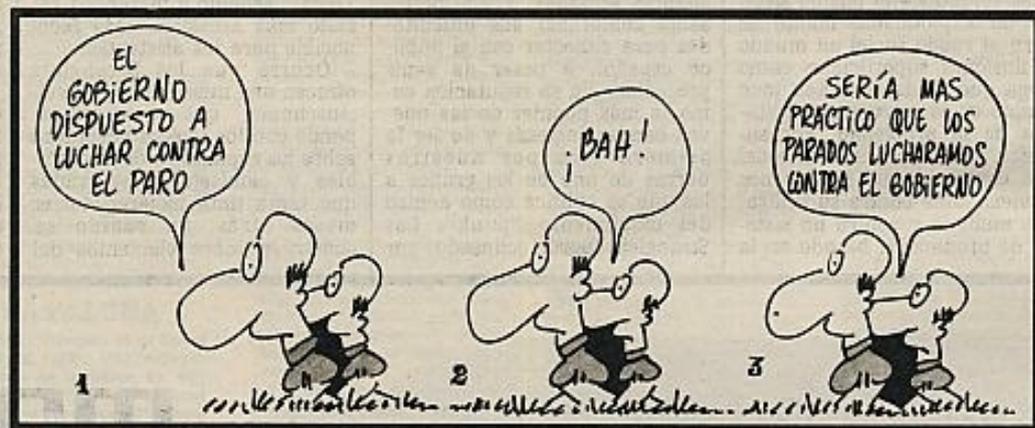
Este es el marco de "Luces de Hollywood" (1), novela de Horace McCoy, cuyos persona-

sonales confieren a su estilo un alto nivel de veracidad. Roza a veces el documento y al unísono salpica un especial desaliño antipreciosista y antirretórico. Los personajes hablan con los giros, usos y expresiones del medio social configurado por la industria del cine y las descripciones apenas se limitan a situar los espacios, acotar una transición o puntualizar levemente ciertas opiniones.

Con estos elementos, McCoy construye una novela breve, descarnada, intensa, de una enorme amargura y lucidez, en la que la ceguera de los personajes, incapaces de romper el cerco de mentiras y falsas ilusiones en que viven, es el camino que lleva al lector al desvelamiento de los mitos, a la búsqueda de las causas y a la to-

petitividad a tumba abierta, el individualismo terrible y desaforado, etcétera.

"Luces de Hollywood" es en principio la crónica de las vicisitudes personales de Mona Matthews, una chica de Oklahoma, y de Ralph Carston, un muchacho de Georgia. Ambos pertenecen a la fauna de extras que hacen interminables colas a las puertas de los estudios, esperan la llamada anunciadora de trabajo y sueñan con esa oportunidad que los lanzará a la fama y la gloria. Nada importa la preparación, el estudio, lo fundamental es el talento personal con el que creen haber sido genéticamente ungidos desde su concepción. Con ellos viven Mona y Ralph ayunos y sinsabores, ensayando toda suerte de golpes y dentelladas



jes protagónicos pertenecen a la jungla humana de los 20.000 extras que sobreviven como pueden en la ciudad del cine, que construyen un particular y trágico ejército de reserva del capitalismo cinematográfico: sueñan y esperan que la suerte les sonría y lleguen a convertirse en estrellas, a ver su nombre en letras gigantes de neón junto a los de Gable, Hepburn, Cooper o Mansfield, cuyas historias les subyugan y sirven de permanente emulación.

McCoy pertenece a esa raza de escritores que ha ido dando tumbos de aquí para allá antes de recalcar un buen día en un cuarto cualquiera y decidirse a poner en limpio una parte de sus propias experiencias. Nacido en 1897, fue taxista, vendedor ambulante, periodista, guardaespaldas, guionista y vino a morir en la era de McCarthy, en 1955, alguna de cuyas características se anuncian ya en su novela como premonición de un tiempo que de un modo u otro debió afectarle.

Estos condicionamientos per-

ma de posiciones. Como Hammett, Hilton o Hemingway, McCoy vivió el mundo de Hollywood, pero no se limitó a la observación, el desprecio y la fuga —como dice uno de los personajes de la novela en amistoso reproche—. Dejó escrito el testimonio implacable de una realidad que era en sí misma una metáfora emblemática de todo un sistema social y de los comportamientos que determina o las villanías que exige.

La narración tiene el pulso impecable de los maestros de ese género considerado como menor, la novela negra, y cuya observación contemporánea nos ha permitido establecer una valoración altamente positiva de la aguda denuncia y crítica social encerrada en sus obras más representativas. McCoy no utiliza en esta ocasión la intriga policíaca, a la manera de Hammett o Chandler, como soporte temático de su historia. Sin embargo, al igual que ellos, la violencia directa o velada, sutil o brutal, evidente o solapada, es el resultado y eje de las formas de vida creadas por el capitalismo o, si se prefiere: la democracia de la libre empresa, la com-

para cazar la migaja que cae, prosiguiendo el hito de hacer al hombre cada vez más enemigo del hombre.

El punto de vista de uno y otro sobre el sistema de la industria cinematográfica constituye el segundo nivel narrativo. Intermediarios, productores, personajes de la alta sociedad, directores aburridos y consagrados, forman una tela, espesa que filtra a los escogidos y rechaza al resto utilizando criterios al margen de valoraciones artísticas mínimamente plausibles. Mona y Ralph han venido, como tantos otros, pensando que el mundo era suyo, atraídos por el engañoso reflejo del neón, por la promesa de un ojeador. Conocen de sobra los entresijos de la máquina trituradora y como un acto último defensivo se aferran a la idea común: "otros han llegado, ¿por qué no yo?".

Pero, en definitiva, McCoy presenta este microcosmos social que para unos es negocio, diversión para otros, gloria para unos pocos, frustración y tumba para los más, superchería para millones, como un espejo de la sociedad capitalista, como una parcela que reprodu-

(1) "Luces de Hollywood", de Horace McCoy. Bruguera. Barcelona, 1977.